

**ENTREVISTA A BLAS
PASCAL**



PG. Usted ha sido lo que podríamos llamar un niño prodigio en las matemáticas.

P. Yo fui un niño enfermizo, me aburría solitario en una habitación. Desde mi infancia me apasioné por la lógica de la geometría. Digamos que esta ciencia flotaba en el ambiente de la época. Piense en Spinoza. Así que tomé papel y lápiz dibujando unas figuras con las cuales demostré algunos teoremas. Uno de ellos lleva hoy mi nombre. Yo era entonces un adolescente de apenas dieciséis años y esta precocidad es la que ha servido como fundamento a mi fama. Tanto era mi deseo de saber que ni siquiera un dolor de muelas evitaba que mi pensamiento huyese de la resolución de un problema.

PG. Usted fue educado por su padre, pero le devolvió más tarde el favor con su extraordinaria capacidad como inventor.

B. Sí, mi padre trabajó como comisario del impuesto real y yo

ideé una maquina aritmética para ayudarle con las cuentas. Claro que esta Pascalina no puede compararse a las modernas calculadoras, pero la ciencia del futuro no existe sin la ciencia del pasado.

PG. Supongo que ganaría mucho dinero con dicho invento.

P. En absoluto, se fabricaron pocas y no eran rentables. Tampoco triunfé en los negocios inventando el “omnibus”, un primitivo transporte público. Como ya ve, los matemáticos, aun sabiendo de números y cuentas, no siempre estamos dotados para el mundo empresarial.

PG. Curiosamente usted, un gran matemático, ha pasado a la historia como un enemigo de la razón.

B. Yo no sé si enemigo, pero descubrí pronto que la ciencia es insuficiente para el hombre y que el corazón tiene razones que la razón desconoce.

PG. Y entonces se acercó a la religión ¿no?

P. Un momento crucial de mi vida fue un accidente con un carro en el que estuve a punto de morir. Entonces advertí que el hombre es tan sólo una caña pensante, un ser frágil perdido entre dos infinitos. El microscopio me mostraba el mundo de lo infinitamente pequeño y el telescopio el mundo de lo infinitamente grande. Yo no era nada para el universo y lo era todo para mí.

PG. Desde entonces llevaba cosido en la camisa un memorial que le recordaba su conversión.

B. Si, yo expresaba mi gozo, mi llanto de alegría, mi fe en el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, no el Dios de la filósofos, el Dios de los sabios.

PG. Cuénteme su relación con los jansenistas. ¿No temía ser considerado como un hereje en la Iglesia? Los jesuitas eran unos poderosos enemigos.

P. Mi hermana menor ingresó en el convento de Port Royal.

Allí entré en relación con el dramaturgo Corneille y con hombres de la talla de Arnauld y Nicole. Cuando se expulsó a Arnauld de la Sorbona yo salí en su defensa. Se condenaba el libro *Augustinus* por cinco proposiciones heréticas que nadie podía señalar figurasen en el texto. Ataqué a los jesuitas, siempre dados a justificar toda relajación moral a través de la casuística, y mi crítica fue tan fuerte que los llenó de ridículo. A pesar de ser tenidos como hombres rígidos, nunca se escribió con tanto humor. Y esto les escoció en el alma. Sentí cuando Luis XIV, que tenía como confesor a un jesuita, mandó destruir el convento.

PG, Volviendo a su condición de matemático, usted fue uno de los precursores de la teoría de la probabilidad. Teniendo en cuenta esto no es difícil entender que usted plantease el argumento de la apuesta sobre Dios. Si existe, lo ganamos todo; si no existe, no perdemos nada. ¿Qué nos conviene? Ahora bien, ¿no es dicha teología una frivolidad? ¿Es posible ser creyente por un mero interés material?

P. Evidentemente que una cosa nos convenga no supone que

dicha cosa exista. Sin embargo, me parece que no se me ha entendido bien. Yo solamente expresaba lo que se podría llamar en términos actuales una *boutade*, una broma provocadora. O sea, usaba un argumento científico para contradecir la falta de argumentos científicos de los *esprits forts*, de los incrédulos. En suma, usaba con ellos la misma medicina que empleaban los ateos.

PG. Por desgracia, usted murió joven, demasiado joven. No tuvo tiempo para darle una forma definitiva a una apología sobre el cristianismo. Hoy, esta obra conocida como *Pensamientos*, quizás la más conocida de usted, tiene el grave problema de que no conocemos su plan, el orden de los legajos del manuscrito, la estructura que usted pretendía darle, el desarrollo de las anotaciones. ¿Esto no le contraría?

P. Por supuesto, claro que no me agrada. Un cambio en el orden y la disposición de las ideas cambia las mismas ideas. Si un párrafo hubiese sido más corto la obra completa sería diferente.

PG. ¿Cómo la nariz corta en el rostro de Cleopatra cambia la historia?

P. Eso es.

PG. Hablando de narices, ¿sabía usted que el capitán del Beagle se negaba a embarcar a Darwin porque pensaba que su apéndice nasal revelaba a un hombre de carácter débil?

P. No puedo saber un hecho posterior a mi vida varios siglos. Pero ¿qué pretende decirme?

PG. Pues que pequeñas causas pueden provocar grandes efectos. Cuando usted vincula la nariz de Cleopatra a la historia de Roma tal vez usted sea el primer pensador que anticipa la idea del efecto mariposa.

P. ¡Cosa admirable! O sea, milagrosa, pues ya sabe que ambas voces proceden de una misma raíz. En cualquier caso, ¿hay algo

más admirable que curar a los paralíticos y resucitar a los muertos como hizo Cristo? Si es milagroso que un hombre sea nacido de la nada, tampoco hay nada de absurdo en que un hombre vuelva a renacer de esa nada.

PG. **Muchas gracias.**

Pablo Galindo Arlés

16 de septiembre de 2019